



LA
AUTOBIOGRAFÍA
DE LA CANTANTE
DE ROXETTE

LISTEN TO MY HEART
MARIE FREDRIKSSON
HELENA VON ZWEIGBERGK

LISTEN TO MY HEART

MARIE FREDRIKSSON

HELENA VON ZWEIGBERGK

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Obra publicada originalmente por Piratförlaget en Suecia en 2015 con el título *Kärleken till livet*.

El texto ha sido publicado bajo acuerdo con Kontext Agency a través de la agencia literaria Oh!Books.

© del texto: Marie Fredriksson y Helena von Zweigbergk, 2015

© Todas las fotografías del interior pertenecen a los archivos privados de Marie Fredriksson.

© Fotografía de cubierta: Mattias Edwall

© de la traducción: Gemma Pecharromán Miguel, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-480-2586-1

Depósito legal: B. 8.762-2019

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
«Hasta ahora no he podido pronunciar las palabras <i>tumor cerebral</i> ».....	17
Helsingborg, miércoles, 19 de febrero de 2014.....	35
«¡Quería verlo todo, el mundo entero!»	39
«De repente, las ecuaciones salieron»	61
En casa de Marie en Djursholm, septiembre de 2014	73
«Yo siempre quería ir un poco más allá»	81
En la cocina de Djursholm en enero de 2015	89
«Nadie me reconocía»	95
«Casi nadie creyó en Roxette»	103
Djursholm, enero de 2015.....	125
«Creí que estaba quemada»	133
Estocolmo, diciembre de 2014	141
Wollongong en Australia, 23 de febrero de 2015.....	147
«Fue un milagro que yo sobreviviera»	157
La Torre de Sídney, 25 de febrero de 2015	163
Nos volvimos increíblemente fuertes juntos.....	169
El edificio de la Ópera de Sídney, 25 de febrero de 2015.....	181

Qantas Arena de Sídney, 27 de febrero de 2015	189
Djursholm, mayo de 2015. Tiempo para el silencio.	197
<i>Epílogo</i>	205
<i>Discografía</i>	209
<i>Canciones que han sido especialmente importantes en la vida de Marie</i>	215

«HASTA AHORA NO HE PODIDO PRONUNCIAR LAS PALABRAS *TUMOR CEREBRAL*»

EL RELATO DE MARIE SOBRE SU ENFERMEDAD

Fue el 11 de septiembre de 2002 cuando se desató el infierno. Al día siguiente se suponía que tenía que viajar a Amberes. Per Gessle y yo íbamos a dar juntos una rueda de prensa. Roxette iba a salir de gira para algo llamado *Night of the Proms*, una serie de conciertos que se celebran anualmente en Bélgica, y la rueda de prensa iba a tratar sobre nuestra participación en ese evento.

La idea era que yo tomaría un vuelo temprano al día siguiente. Pero quería viajar ese mismo día por la tarde. Odiaba levantarse temprano y quería descansar por la mañana. Pero yo no quería volar el día del aniversario del ataque terrorista contra el World Trade Center de Nueva York, pensé que era más seguro esperar, aguantar el madrugón y tomar un vuelo temprano.

Esa misma mañana, Micke me leyó en voz alta un artículo del periódico que tenía que ver precisamente con el aniversario del ataque terrorista.

El artículo trataba de un joven sueco que trabajaba entonces en el edificio. Lo terrible era que desapareció entre los escombros. Sus familiares no habían podido averiguar lo que le había pasado.

Recuerdo que Micke y yo seguimos hablando sobre el destino de ese hombre. Probablemente se habría despertado pensando que aquel sería un día como los demás. Hacía un año, a primera hora de la mañana, ese joven sueco no podía tener ni idea de lo que le esperaba más tarde ese mismo día.

Juntos constatamos lo bueno que es no saber de antemano lo que te va a deparar el futuro; que el desconocimiento del destino es una especie de bendición.

Nosotros tampoco sabíamos lo que nos esperaba en tan solo unas horas. No sabíamos que todo nuestro mundo se iba a quedar patas arriba.

Después del café de la mañana, Micke y yo salimos a correr como hacíamos habitualmente. Micke quiso competir al final y yo lo adelanté.

Sí, sí, yo era muy rápida entonces.

Cuando llegamos a casa no me sentía bien del todo. Estaba cansada, tenía náuseas y pensé que debía descansar un rato. La verdad es que no tenía tiempo, porque debía preparar la maleta para el viaje.

Pero me tuve que acostar un rato. De repente, no podía ver por un ojo. Las náuseas fueron aumentando y entré en el cuarto de baño para vomitar. Dentro del cuarto de baño, me derrumbé y me asusté muchísimo. Después, todo se volvió negro.

Sufrí un ataque de epilepsia que me provocó espasmos en todo el cuerpo e hizo que me golpeará la cabeza contra el suelo de piedra, con tanta fuerza que me provoqué una fractura de cráneo. Eso, lógicamente, no lo entendí entonces. Sin embargo, sí que recuerdo oír la voz de Micke, que me llegaba desde muy lejos: «¡Marie! ¿Qué te pasa?».

Después todo se volvió otra vez negro. La siguiente imagen que recuerdo es en la ambulancia. Noté chiribitas en los ojos y oí el sonido de la sirena. Y luego todo negro de nuevo.

Cuando recuperé la consciencia, vi a Micke y a Berit, su madre, sentados al lado de mi cama.

«¿Qué hago aquí? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?»

Un médico entró en la habitación y me preguntó amablemente y con delicadeza si había pensado salir de gira.

«Sí, claro», respondí yo. Y entonces el médico me dijo con voz tranquila y afectuosa que lamentablemente tendría que cancelar esa gira.

Poco a poco empecé a darme cuenta de que estaba en un hospital y que me había caído. Pero no podía ni imaginarme que pudiera tratarse de un tumor cerebral. Era raro que se me hubiera nublado la vista y eso me preocupaba. Pero, por lo demás, creía que había sufrido un accidente.

El médico volvió después de un rato con las radiografías y entonces me explicó que se veía un tumor en la cabeza.

¿Te imaginas el *shock* que supuso para mí?

Mi primera pregunta fue si me iba a morir. El médico dijo que no, que ese tumor no acabaría con mi vida, porque se podría operar y quitar con un tratamiento de radioterapia.

Eso fue todo lo que pude entender. Que tenía un tumor. Que era posible extirparlo. Que no me iba a morir.

El médico continuó hablando, pero no oí lo que dijo, o no quise entenderlo. Porque lo que dio a entender era que el tumor se iba a reproducir, y entonces tal vez no fuera posible extirparlo. Micke lo entendió. Pero yo no.

Micke se enteró de lo grave de la situación a través de terceras personas. En realidad, ninguno de los dos queríamos que nos dieran pronósticos fatalistas sobre lo pequeñas que eran mis posibilidades de sobrevivir. Queríamos pelear y mantener nuestras esperanzas mientras fuera posible.

Otro médico, un conocido nuestro, especialista en otorrinolaringología, se hizo cargo de la lesión que me había provocado en el cráneo al golpearme la cabeza. Dado que nos conocíamos, debieron pensar que lo mejor es que fuera él quien nos dijese cuál era mi situación real. Y él informó a Micke de que me quedaba un año de vida. Al ver que Micke se ponía blanco como la pared y casi se desmaya, el médico añadió rápidamente que también podría vivir dos años más.

O, tal vez, incluso tres.

Eso era lo más reconfortante que podía decir. En el mejor de los casos, me quedaban tres años más de vida.

Micke tuvo que empezar a pensar en cómo iba a preparar a los niños para contarles que su madre iba a morir. Josefin tenía entonces nueve años y Oscar cinco. Micke pasó entonces un auténtico infierno. Él lo ha descrito como un monstruo que se acercaba, sin que fuera posible hacer nada. Solo esperar su ataque con las manos atadas a la espalda. Esperar aterrado a que yo me consumiera lentamente delante de sus ojos, sin que él pudiera ayudarme o hacer algo al respecto, esa es una de las peores experiencias por las que ha pasado.

Sentirse tan impotente.

Micke no pudo hacer otra cosa más que ocultarme la gravedad de mi enfermedad, porque yo tenía muchas esperanzas y estaba convencida de que me iba a poner bien. Eso era lo que había dicho el doctor. Pronto volvería todo a la normalidad.

Pobre Micke. ¿Cómo iba a ser capaz de hacer saltar por los aires mis esperanzas? ¿Cómo iba a decirme que lo más probable era que muriera?

Él describe el hecho de no poder ser honesto conmigo como la aparición de una cuña en nuestra relación. Siempre habíamos podido hablar abiertamente de todo. Siempre. Ninguno de los dos dejaba fuera al otro, de esa manera nunca hubo ocasión para que surgieran conflictos entre nosotros. Nunca había aparecido nada que no pudiéramos resolver.

De repente, nos encontrábamos en una grave situación de la que Micke no podía hablar conmigo, que además era un caso de vida o muerte. Pensó que era mejor que yo viviera confiada. Quería animarme, aunque él soportara una verdad muy diferente.

Una verdad de la que no podíamos hablar.

Yo no sospechaba nada y me había propuesto superarlo como fuera. Pero ¿qué pensaba para mis adentros? Sinceramente, pensé que todo se iba a ir al carajo. Esos pensamientos me venían a la cabeza al principio, tras conocer el diagnóstico, por las noches cuando me iba a dormir. Yo tampoco quería hablar de ello con Micke ni con los niños. Ellos preguntaban a veces si me iba a morir. Entonces yo les contestaba que no, que no tenía tiempo para eso. Pero en el fondo, en mitad de la noche, pensaba que tal vez podía ocurrir.

Yo solo quería hablar de que todo iba a salir bien. De cara al exterior hacía como si no pasara nada. De esa manera, se puede decir que tanto Micke como yo nos quedamos aislados en esa situación.

Como consecuencia de la caída, tuve una fractura en la cabeza y problemas con el sentido del equilibrio, por eso volví del hospital a casa en una silla de ruedas. A Oscar le pareció el juguete más divertido del mundo. ¡Qué vueltas daba! Otras veces corría a mi alrededor gritando de alegría: «¡Yupi!».

Más tarde, cuando perdí el pelo y estaba triste, él aparecía de repente disfrazado de Batman y entonces me hacía reír. Por suerte, disfrutamos momentos como aquellos.

Nos enviaron muchas flores a casa. Fue muy bonito. Recibí, por ejemplo, un ramo impresionante de Anni-Frid Lyngstad¹ que me hizo mucha ilusión. Micke a veces pensaba que era horrible que hubiera tantas flores, que simbolizaban el dolor y la tragedia de una manera asfixiante, que nuestra casa parecía un cementerio. Pero, por supuesto, también pensaba que la gente era muy amable al demostrarnos que pensaba en nosotros.

Fue peor con los medios de comunicación. La noche después de que ingresara en el hospital en una ambulancia, el periódico *Expressen* llamó y despertó a mis hermanos, que viven en Skåne, en el sur de Suecia, y querían que hicieran algún comentario. Nosotros no habíamos tenido tiempo aún de hablar con ellos y contarles lo sucedido. Lógicamente, para ellos fue un choque y se asustaron mucho. La prensa siguió aterrorizándolos después. ¿Sabían algo más? ¿Habían oído alguna novedad?

No sé cómo los periódicos se enteraron tan rápido, sabían que había llegado a las urgencias del hospital en ambulancia. No sé si vigilaban nuestra dirección o si se enteraron a través de la central de emergencias de que se había pedido una ambulancia desde aquí. O puede ser que alguien del hospital les diera la información.

La primera noche que pasamos en el hospital hubo periodistas llamando al interfono del portón de nuestra casa de Djursholm has-

1. Frida, miembro del grupo ABBA. [N. de la T.]

ta las tres de la madrugada. Nos lo ha contado Inger, nuestra niñera. Por supuesto, tanto ella como los niños se asustaron muchísimo. Finalmente, tuvimos que contratar a tres vigilantes de Securitas, que se turnaban para que la prensa nos dejara en paz. Además, nos vimos obligados a dejar a oscuras toda la casa para evitar los intentos de los fotógrafos de conseguir imágenes de la familia en estado de *shock*. Los periodistas seguían a Inger cuando llevaba y recogía a los niños en la escuela y en la guardería.

En una ocasión, Micke quiso salir de casa en el coche, pero no pudo. Tuvo que bajarse y preguntarles si realmente tenían que estar allí bloqueando la salida. Entonces un periodista le contestó que su periódico le había ordenado que estuviera allí. En realidad, él no quería y parecía que se avergonzaba.

No sabemos cuántos de ellos se avergonzaban, pero fuimos realmente acosados por la prensa.

Marie Dimberg, mi mánager y la de Roxette, se puso en contacto con mis hermanos para decirles que no tenían que contestar a ninguna pregunta, que colgaran el teléfono sin más cuando los llamaran de los medios de comunicación. Mis hermanos son personas amables, que no están acostumbradas a tratar mal a los demás, por lo que se sentían obligados a ayudar a los periodistas en la medida de sus posibilidades.

El teléfono de Marie Dimberg no dejaba de sonar. Tan pronto como recibía alguna información de alguno de nosotros sobre mi estado de salud, los periódicos llamaban inmediatamente. Era evidente que alguien filtraba datos desde el hospital. La prensa recibía esa información más o menos al mismo tiempo que nosotros. Y después perseguían a Marie Dimberg para que ella confirmara las novedades que habían conseguido. Una o varias personas del hospital Karolinska intentaron ganar dinero con esa información y la prensa pensó que debía confirmarla. Marie Dimberg habló también con el servicio de prensa y con el departamento de seguridad del hospital para tratar de poner fin a las filtraciones.

Así pues, la prensa consiguió muy pronto la noticia de que yo tenía un tumor cerebral. Los periodistas persiguieron a todas las

personas de nuestro entorno para que se la confirmaran. Por eso nos vimos obligados a contarlo. Marie Dimberg envió un breve comunicado de prensa y eligió mandarlo el domingo por la tarde para que coincidiera con las elecciones. De esa manera, los periódicos no podrían llevar el lunes la noticia en sus portadas, pensó Marie. Pero, aun así, hubo un periódico que le dedicó la mitad de su portada.

Me extirparon el tumor, y al año siguiente me sometí a una operación con el llamado «bisturí gamma». Te fijan una corona de metal en la cabeza, con un eje U y un eje C. Es importante que la radiación se haga en el lugar exacto del cerebro. Se requiere una precisión milimétrica. Por eso la corona se atornilló al cráneo. Todo se hizo mientras yo estaba despierta. Me pusieron una crema con anestesia, de las que usan los dentistas. Aun así, sentí cómo corría la sangre al mismo tiempo que las lágrimas. Ese fue el peor momento de todos los tratamientos a los que me he sometido. ¡Fue tan desagradable! ¡Como una corona de espinas!

Micke pensó que iba a vomitar cuando lo vio.

En medio de todo, hubo también algunas situaciones completamente absurdas. Cuando estaba en la cama con la corona fija en la cabeza después de la operación con el bisturí gamma, entró en la habitación un médico al que no habíamos visto antes. Quería contarme que en su tiempo libre tocaba la guitarra en un grupo. Nosotros estábamos allí esperando los resultados de la terrible operación. No podía quitarme la corona hasta que los resultados estuvieran claros. Y mientras tanto un médico esperaba que yo me interesara por el grupo del que formaba parte en su tiempo libre.

Creo que ni siquiera era neurólogo.

¿Cómo razonan algunas personas?

Cuando eres una persona pública y estás ingresada en un hospital hay mucha gente que quiere entrar a verte y ponerse en contacto contigo. Una enfermera nos habló de su marido, era tan falso y tan mezquino que ella quería separarse de él. Pero necesitaba ciento cincuenta mil coronas para poder comprarse un piso. A Micke y a mí nos dio la impresión de que andaba buscando dinero. También nos vimos inmersos en semejantes despropósitos.

Fue un tiempo horrible de espera. Un mes tras otro, sumidos en la desesperación de cuál iba a ser el desarrollo de mi enfermedad.

Había tardes en que los niños se sentaban a ver la tele, y Micke y yo cenábamos en la cocina el uno enfrente del otro en silencio. Nuestras lágrimas caían en el plato de la sopa. En cuanto entraba alguno de los niños teníamos que secarnos las lágrimas y tratar de recobrar los ánimos.

Nos volvimos diferentes como padres. Era inevitable. Realmente, intentábamos no estar siempre sumidos en la tristeza y en la preocupación, pero «eso» estaba allí todo el tiempo. Nos atormentaba. No teníamos la misma capacidad que antes para prestar atención a los niños. Yo estaba como hundida, conmocionada por lo que me había ocurrido, y Micke estaba constantemente preocupado. Naturalmente, eso les ha afectado. Fue entonces cuando compramos nuestro gato, *Sessan*, para que los niños tuvieran otra cosa en la que pensar.

Micke y yo, cuando estábamos tan tristes, también queríamos permitirnos algún capricho. Huir de la realidad. A menudo bebíamos demasiado vino por la tarde y vivíamos como si cada día pudiera ser el último.

Por una parte, la preocupación hacía difícil estar pendientes de los niños como de costumbre, pero al mismo tiempo nuestra preocupación se centraba sobre todo en ellos. Yo solo pensaba en los niños, los niños. «¡Imagina si muero ahora!» «Una madre no puede morir.» «¡Tengo que cuidar a los niños! ¡Y a Micke!»

Sufrí un gran estrés en mi interior. «¿Voy a morirme ahora? ¿Voy a morirme ahora?»

Pero luego vino el poder divino —«¡no puedo morir ahora!»—. Tengo una fe muy fuerte, desde pequeña, la vivo de manera privada, es mía y está dentro de mí. Cuando era niña cantaba en el coro de la iglesia y eso significó mucho para mí. Sentí mucha serenidad y consuelo allí. La fuerza que me daba la fe me ayudó a superar muchos momentos difíciles.

Vivíamos en un limbo. Intentábamos vivir como de costumbre, a pesar de que eso muchas veces fallaba por su propia imposibilidad.

Nos esforzamos por mantener vivos algunos hábitos que teníamos con los niños, aunque pasábamos la mayor parte del tiempo en el hospital.

Los viernes, por ejemplo, solíamos jugar a la búsqueda del tesoro. El tesoro era la bolsa de golosinas de la semana, que ellos tenían que encontrar. Esa tradición familiar se había convertido en algo tan grande que podíamos pasarnos medio viernes planeando cómo lo íbamos a hacer. Cuando caí enferma tuvimos que organizarla en los pasillos del hospital Karolinska. Solo lo hicimos una vez, luego lo dejamos. Estaba muy claro que algo había cambiado. Sencillamente, parecía forzado tratar de fingir que todo era como de costumbre.

No puedo hablar de las limitaciones que he sentido como madre debido a mi tumor cerebral sin empezar a llorar. Antes de caer enferma, yo era una persona fuerte que estaba al tanto de todo. No poder ser madre de la manera que una desea es quizá lo peor de la enfermedad.

Algunas personas a quienes les ha tocado pasar cosas difíciles dicen que no sabían la suerte que tenían hasta que les ocurrió. Pero nosotros sí que lo sabíamos. Nos lo decíamos a menudo el uno al otro: «Qué suerte tenemos. Amor, éxito, salud». Todavía pienso en ello cuando miro las fotos del anuario escolar de los niños, se las hicieron justo antes de que yo cayera enferma. Éramos una familia increíblemente feliz. Lo teníamos todo.

Que te ocurra una cosa así, que todo se te hunda, es algo que uno no puede entender si no ha pasado por ello.

Pensé que era bueno que los niños fueran tan pequeños y no pudieran entenderlo del todo. Bueno, sí, Josefin seguro que lo entendió, pero Oscar no sabía muy bien qué había ocurrido. Pasaron mucho tiempo con Inger, nuestra niñera, durante los momentos más críticos. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo entrando y saliendo de diferentes ingresos hospitalarios.

Micke rezaba para que los niños pudieran hacerse un poco más mayores antes de que yo muriera. Me lo ha contado ahora, al cabo del tiempo. Él rezaba para que ellos pudieran tener una imagen más clara de su madre, para que tuvieran la posibilidad de recordarme bien. Que Oscar al menos tuviera tiempo de cumplir

nueve años. Pero, al mismo tiempo, él mismo sabía que era mucho pedir.

La radioterapia hizo que perdiera el pelo. Durante las Navidades siguientes se me fueron cayendo cada vez más mechones. Micke tenía miedo de que esa fuera la última Navidad que pudiéramos celebrar juntos. Y habría podido ser así.

He tenido una suerte increíble.

En enero, medio año después de que recibiera el diagnóstico de que tenía un tumor cerebral, Roxette fue galardonado con la Medalla de las Artes que recibimos de manos del rey.

Micke dijo hace poco que, probablemente, pensaron que iba a morir y por eso se dieron tanta prisa. Seguro que tiene razón. De todos modos, yo me sentí halagada y contenta por ese galardón. Al mismo tiempo fue muy duro. Eso requería que apareciera en público. No me había mostrado públicamente desde que caí enferma, y estaba casi calva.

Marie Dimberg y yo salimos a buscar un sombrero para mí, y encontramos uno con dibujos como de piel de leopardo.

La noche antes de la ceremonia de entrega de la medalla, un reportero de *Expressen*, Niclas Rislund, llamó a la puerta de Marie Dimberg. Era tarde y Marie ya se había acostado. Niclas Rislund le dijo que le habían informado de que mi tumor se había extendido. Que tenía metástasis y que se había extendido por el pecho y el resto del cuerpo. Marie le contestó que no comentaba rumores acerca de mi salud y que quería irse a la cama a dormir. Pero él se mantuvo en sus trece y quería que Marie me llamara para confirmar que la información que él tenía era correcta. Marie Dimberg le pidió que tuviera un poco de consideración y me dejara en paz. Él dijo que lo iba a publicar de todos modos, por lo que era mejor que Marie hiciera lo que le pedía.

Al final, Marie Dimberg se enfadó de verdad. Se enzarzaron a gritos en una discusión. Niclas Rislund seguía afirmando que ella era la representante de una persona pública y que como tal tenía ciertas obligaciones. Marie le gritó que ella no tenía ninguna obligación de informarle a él ni a *Expressen* de la evolución de mi enfermedad.

La discusión terminó cuando Marie le dio con la puerta en las narices. Marie nos llamó a la mañana siguiente para preguntarnos si habíamos leído el periódico *Expressen*.

No lo habíamos leído.

«Pues no lo hagáis —nos dijo—. Evitadlo si podéis.»

Pero ¿cómo íbamos a poder evitarlo? Las portadas de *Expressen* repartidas por todos los quioscos de la ciudad decían que el cáncer se me había extendido por todo el cuerpo. Todo el artículo estaba impregnado de la idea de que no me quedaba mucho tiempo de vida.

Realmente no era cierto que tuviera cáncer de mama ni metástasis en el cuerpo, y Marie Dimberg hizo público un comunicado de prensa en el que desmentía la noticia. El redactor jefe de entonces, Otto Sjöberg, remitió a fuentes fiables del hospital Karolinska. Nosotros, como familia, nos lo tomamos muy mal.

Y eso ocurrió el mismo día que iba a recibir la medalla.

No sé si las personas no implicadas pueden entender lo que se siente al leer algo así sobre uno mismo. Que te condenen a morir delante de todo el mundo basándose en informaciones falsas. Que no te puedas sentir tranquila y segura en un hospital. Saber que hay personas que se cuelan por allí e intentan ganar dinero a costa de nuestra desgracia. Que nuestro dolor personal se convierta en el bizcocho del desayuno de todo el mundo para que puedan refocilarse con él.

Estaba tan nerviosa cuando me entregaron la medalla, que en la foto salgo sosteniéndola boca abajo. Sentía como si todos me miraran fijamente y quisieran ver lo enferma que parecía. Mirar de hito en hito a la mujer sobre la que habían leído que estaba moribunda con una metástasis extendida por todo el cuerpo. Aquel se convirtió en un día horrible.

Tener que hacer frente a las mentiras de *Expressen* en medio de todo aquello era lo último que nos faltaba. El procurador general de Justicia denunció por iniciativa propia al hospital Karolinska. El médico que me había operado nos llamó sorprendido y nos contó que habían llegado al hospital cinco policías y que habían registrado su consulta. Fue muy desagradable para él, pero naturalmente

estaba tan interesado como nosotros en que se averiguara dónde se producían esas filtraciones. La vulneración del secreto profesional es un delito grave que puede ser castigado hasta con tres años de cárcel.

Fueron muchas las personas que se sintieron indignadas por el trato que nos dieron Otto Sjöberg y *Expressen*. El programa de televisión *Media Magasinet (Revista de medios)* mostró nuestro caso como uno de los peores acosos de los medios de comunicación en la historia moderna. Nos sentimos tan ofendidos y tan humillados que investigamos las posibilidades de denunciar a ese periódico. Además, queríamos demostrar a los niños que no se podían contar mentiras sobre nosotros, así sin más.

Decidimos ponernos en contacto con Leif Silbersky, un conocido abogado con experiencia en casos relacionados con los medios de comunicación. Ahora, visto con perspectiva, es fácil pensar que él nos lo debía haber desaconsejado desde el principio. Lamentablemente, desde el punto de vista jurídico no basta con decir que alguien se ha comportado de una manera moralmente repugnante y ha demostrado falta de sensibilidad ante el sufrimiento de otras personas.

Nosotros pensamos que un periodista no podía mentir y decir que una persona tenía el diagnóstico mortal cuando realmente no lo tenía, sencillamente. Creíamos que eso bastaría para presentar una demanda. Pero resulta que las cosas no eran exactamente así. A pesar de todo, Silbersky intentó encontrar algún artículo útil para ayudarnos.

Encontró un caso ya juzgado en el que se había tomado una fotografía de un grupo que mantenía relaciones sexuales y habían colocado allí la cara de personas conocidas. Ese caso, que sentaba un precedente, se basaba en que se habían lanzado sombras de dudas sobre esas personas. Esa era nuestra posibilidad de demandar al periódico.

Leif Silbersky era un personaje curioso.

Una de las primeras cosas que hizo cuando nos pusimos en contacto con él fue contarnos que su hija estaba a punto de cumplir cuarenta años. Era una gran seguidora de Roxette. Por eso le había pedido a uno de los periódicos de la tarde que le confeccionara una

portada con un titular en el que dijera que ella era el tercer miembro de Roxette. Y entonces nos preguntó si Per y yo estaríamos dispuestos a firmársela. Una iniciativa graciosa de nuestro abogado, que iba a ayudarnos en el peor momento de nuestra vida.

Como si todo fuera un juego.

Así pues, según Leif Silbersky, la única posibilidad que teníamos de que prosperara nuestra demanda contra *Expressen* sería afirmar que las mentiras del periódico habían lanzado sombras de duda sobre mi persona. Él quería que Micke dijera en el juicio que cuando vio la portada de *Expressen* pensó que yo le había mentado. Tendría que hacer el papel de marido ofendido, que sospechó que su mujer no le había contado lo enferma que estaba. Eso haría también que se hubieran lanzado sombras de duda sobre mí en mis relaciones profesionales.

Cuando Marie Dimberg, Micke y yo estábamos allí reunidos en el bufete del abogado, Micke dijo que él no podía decir eso. Que él pensaba que era absurdo mentir de esa manera. Nuestra relación no es de ese tipo. Y le parecía absurdo que tuviéramos que mentir para denunciar a un periódico precisamente por publicar mentiras.

A pesar de que nos habíamos gastado varios cientos de miles de coronas para presentar una demanda contra *Expressen*, la retiramos. Nos iba a llevar como mínimo cinco años y nos veríamos obligados a darle vueltas a todo una y otra vez.

Todo el escándalo de *Expressen* fue para nosotros una historia costosa y desagradable. Aún hoy seguimos pensando que Otto Sjöberg, por entonces redactor jefe del periódico *Expressen*, es la persona que más daño ha infligido a nuestra familia, y nunca ha intentado tampoco pedirnos disculpas por ello. Éramos una familia afectada por una enfermedad grave, conmocionada y abatida, y realmente sentíamos que no teníamos por qué ser utilizados para vender más periódicos.

Durante ese tiempo no estaba claro si iba a sobrevivir. Yo no quería pensar en ello y Micke trató de manejarlo lo mejor que pudo. Pero ningún maldito cáncer se había extendido por mi cuerpo. El microscópico hilo de esperanza que teníamos era lo único que nos

permitía seguir funcionando. Quizá también por eso las mentiras de *Expressen* se volvieron tan insoportables. Sus mentiras me presentaban más enferma aún de lo que estaba y con ello se apagó por completo la esperanza de los que se preocupaban por nosotros.

Me hizo mucho daño.

Intenté ser creativa también durante la enfermedad. Poco después de la primera operación, Micke y yo hicimos el álbum *The Change*. El disco fue el desarrollo de un trabajo que habíamos comenzado antes de que yo cayera enferma. Ya habíamos grabado juntos una versión de una canción que se titula «The Good Life».

Se trataba de disfrutar de la luz y de las cosas buenas de la vida en medio de nuestra tragedia.

Lennart Östlund, el técnico de sonido con el que trabajábamos, era un tío muy majo. Evitábamos pensar siempre en la enfermedad, aunque a veces Micke tenía que llamar al médico y comprobar los tonos casi al mismo tiempo. El trabajo con el disco era una zona protegida. Sigo pensando que es uno de los mejores trabajos que hemos hecho juntos. Naturalmente, las letras trataban de la alegría de estar vivo. En la oscuridad más absoluta hicimos un disco luminoso. Esta es una de las letras más tristes del disco, pero describe precisamente cómo me sentía entonces:

*Suddenly the change was here
Cold as ice and full of fear
There was nothing I could do
I saw slow motion pictures of me and you.*

*Far away I heard you cry
My table roses slowly died
Suddenly the change was here
I took your hands, you dried my tears
The night turned into black and blue*

*De repente el cambio estaba aquí
Frío como el hielo y lleno de miedo
No había nada que pudiera hacer
Vi imágenes a cámara lenta de ti y de mí.*

*Muy lejos, te oí llorar
Las rosas de mi mesa murieron lentamente
De repente, el cambio estaba aquí
Tomé tus manos, me secaste las lágrimas
La noche se volvió negra y azul*

<i>Still we wondered why me and you</i>	<i>Todavía nos preguntamos por qué tú y yo</i>
<i>After all we're still here</i>	<i>Después de todo todavía estamos aquí</i>
<i>I held your hand, I felt no fear</i>	<i>Tomé tu mano, no sentí miedo</i>
<i>Memories will fade away</i>	<i>Los recuerdos se desvanecerán</i>
<i>Sun will shine on a new clear day</i>	<i>El sol brillará en un nuevo día claro</i>
<i>New red roses in my hand</i>	<i>Nuevas rosas rojas en mi mano</i>
<i>Maybe some day we will understand</i>	<i>Tal vez algún día lo entendamos</i>
<i>Maybe one day we will understand</i>	<i>Tal vez algún día lo entendamos</i>

Aún sigo pensando que la letra refleja fielmente el momento que vivíamos. Desesperación, amor, desconcierto y, al mismo tiempo, un intenso anhelo de hallar algún tipo de esperanza y de ser capaces de aprovechar cada rayo de luz que asomaba.

Por muy mal que estuviera, siempre intenté mantener viva mi parte creativa.

Cuidar de mí se convirtió para Micke en una ocupación a tiempo completo. Me llevaba y me traía del hospital y me ayudaba a recordar lo que me habían dicho sobre los medicamentos y los tratamientos.

La noticia de que estaba enferma se extendió por todo el mundo. Mis fanes me enviaron una lista de nombres y me contaron que habían puesto en marcha una cadena de oración por mí. Rezaban para que me pusiera bien. He enmarcado esa carta y la conservo como uno de mis bienes más queridos. Significó muchísimo para mí.

Muchas personas se pusieron también en contacto con nosotros para proponernos tratamientos alternativos. «Deposita veinte mil dólares en esta cuenta y trágate después esta arena.» Sugerencias más o menos de ese tipo.

Un médico egipcio de una universidad china fue uno de los que se pusieron en contacto con nosotros. Micke habló con el oncólogo Stefan Einhorn para preguntarle qué pensaba él de ese médico. Stefan Einhorn le contó entonces que ese médico había dado conferencias en el Instituto Karolinska, pero que era un estafador.

También recuerdo que el doctor Stefan Einhorn nos contó, para consolarnos, que su padre había padecido cáncer. Un médico le dijo que le quedaba un año de vida. Pero ese médico murió antes que su padre. El propósito de Stefan Einhorn era consolarnos: nadie sabe cuánto tiempo le queda de vida. Sin embargo, no sentimos que eso fuera ningún consuelo. Lo que queríamos escuchar en nuestra situación era que uno se podía tomar una pastilla y curarse. Eso era lo único que queríamos que nos dijeran.

Pero él intentó hacernos mirar la vida con otros ojos. Todo con la mejor intención.

Nos pusimos en contacto con la clínica Vidarkliniken, el hospital de los seguidores de la antroposofía. Tienen clínicas en las que tratan el cáncer. Pero los tipos de cuidados que ofrecían parecían realmente más orientados a pacientes terminales. Los pacientes se dedicaban al arte contemplativo.

El médico que me recibió allí era una persona terrible. Empezó por leerme la cartilla. Vino a decirme, más o menos, que si tenía cáncer la culpa era mía. Puesto que el tumor crecía en mi cuerpo, yo tenía la responsabilidad de que estuviera allí. Yo misma lo había causado. Me derrumbé totalmente. Yo solo podía enfrentarme entonces a personas amables, y aquel médico era más bien estricto y condenatorio. Afirmó que yo me había dañado el sistema inmunitario, entre otras cosas, por beber alcohol. Nunca lo olvidaré, nunca me había sentido tan humillada como entonces, ante su insoportable monólogo.

En cualquier caso, me recetó un extracto de hierbas naturales que solo se podía adquirir en Järna, un pueblo. Un taxi iba regularmente a buscar el extracto. Eran tres horas de viaje y las hierbas nos salían por varios miles de coronas cada vez. Uno no es nada exigente en la situación en que yo me encontraba entonces, sino que haces lo que te dicen.

Micke removió cielo y tierra, realmente hizo todo lo que pudo. Su escritorio estaba lleno de notas que nadie podía tocar.

Se puso en contacto con un oncólogo de Estados Unidos y comenzó a enviarle mis radiografías. Nos dio una cita para visitarlo.

El hospital estaba en Houston, en Texas. Pero yo entonces me negué. No me sentía con fuerzas. Sencillamente, era demasiado. Yo solo deseaba estar tranquila. No quería ir de un lado para otro.

Le preguntamos a Stefan Einhorn qué opinaba él sobre el asunto. Nos dijo que podíamos hacer dos cosas: o buscar tratamientos alternativos, como Micke hacía entonces, o no hacer nada. Ambas opciones eran igualmente buenas. El tratamiento del cáncer en Suecia tiene unos niveles de calidad tan altos, nos dijo, que podíamos quedarnos en casa con total seguridad.

Entonces tomamos una decisión: íbamos a confiar en los tratamientos oncológicos que ofrece la sanidad sueca. Fue muy bueno hacerlo así. A partir de entonces todos nos sentimos más tranquilos.

Micke trató de prepararme para la muerte. Le resultaba muy difícil saber, por ejemplo, cómo quería yo que fuera mi entierro sin romper el escudo de negación tras el que me protegía del exterior.

Se puso en contacto con la clínica Erstagården, a la cual acudimos para participar en una terapia que nos preparaba para afrontar la muerte de un familiar. Estuvimos allí y hablamos, pero yo no era capaz de asimilar que realmente estábamos hablando de mí.

Micke llamó también al párroco de Östra Ljungby, que era quien me había confirmado, nos había casado y había bautizado a nuestros hijos. Una persona muy buena y comprensiva. Vino aquí, a nuestra casa. Durante ese encuentro no dejé de llorar, no comprendía —o no quería comprender— el tema del que todos querían hablar conmigo. Micke tuvo que emplear diferentes argucias para conseguir que yo le dijera cómo quería que fuera. Me contaba, por ejemplo, cómo quería que fuera su entierro, para preguntarme después cómo quería yo que fuera el mío.

¡Es horrible recordar aquellos momentos!

Han pasado más de trece años desde entonces y ¿sabes que hasta ahora no he podido pronunciar las palabras *tumor cerebral*?

Durante mucho tiempo he sido incapaz de decirlas en voz alta. La conmoción permaneció durante años. Y el dolor. Fue muy difícil para mí asimilar que estaba tan enferma, aunque lo fui admitiendo poco a poco. Prefería no hablar de ello con nadie. Era como si no

existiera si yo no lo reconocía. La intuición de que podía morir era algo que únicamente era capaz de admitir durante unos pocos instantes, ante mí misma, por la noche.

Pero ante los demás quería hacer como si no pasara nada que tuviera que ver con mi enfermedad o con la muerte. Era como un gran elefante en una habitación. Yo intentaba aparentar que todo era normal, aunque cualquiera podía darse cuenta de que no era así.

El hecho de que ahora pueda hablar de ello es muy importante. El dolor rompió las compuertas. Antes estaba estancado dentro. Ahora, afortunadamente, Micke y yo podemos hablar abiertamente de la enfermedad. Pero ha llevado su tiempo antes de que pudiéramos hacerlo de verdad. Tardé mucho tiempo en reconocer que estaba enferma. Por eso, para mí, ahora, es tan importante contarle en este libro. Para que otros sepan cómo ha sido. Quizá pueda dar esperanza o servir de consuelo a otras personas.